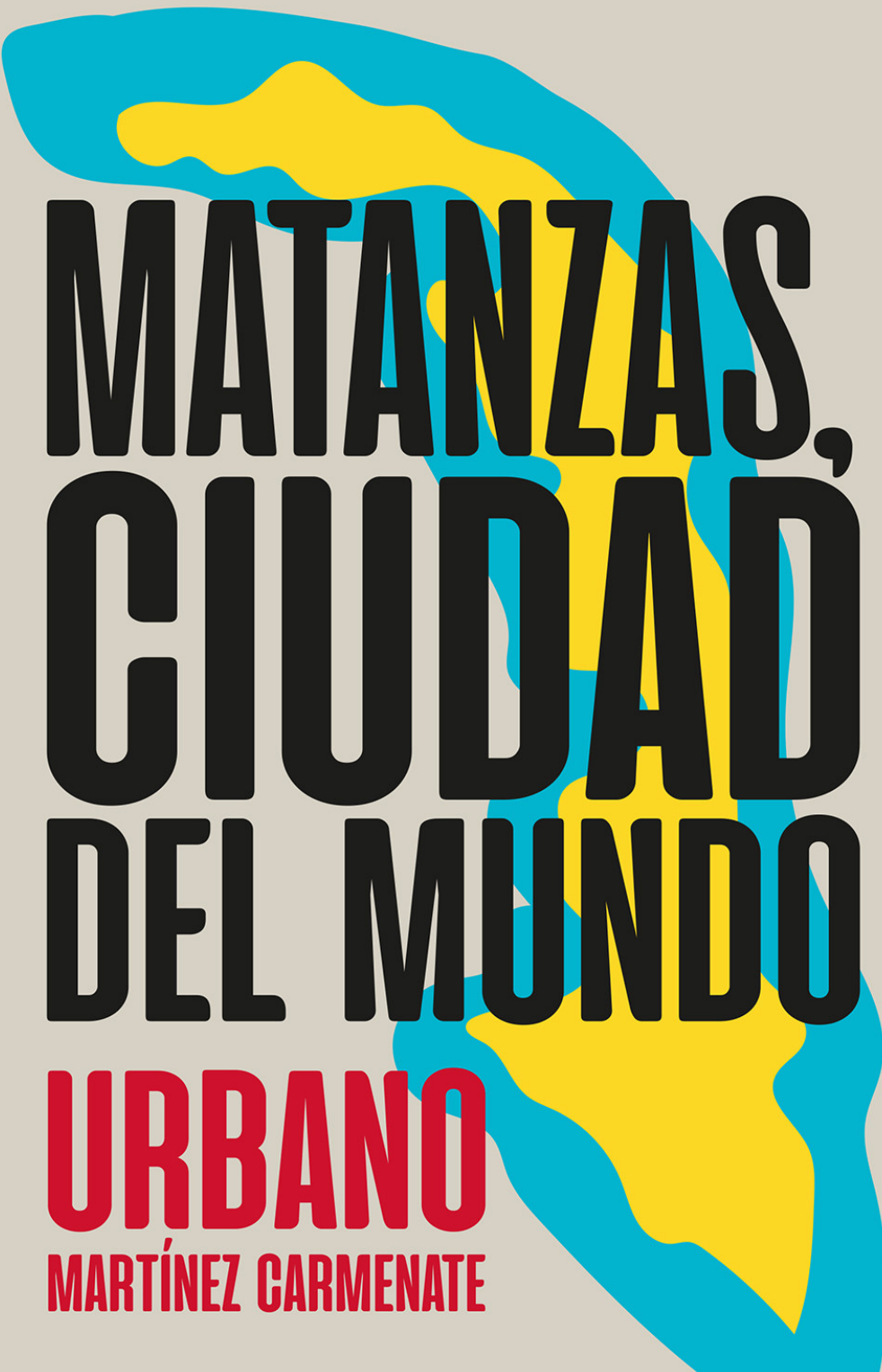


A stylized map of the African continent is positioned in the background. The landmass is colored yellow, while the surrounding oceans are colored a vibrant blue. The map is oriented vertically, matching the text layout.

MATANZAS, CIUDAD DEL MUNDO

URBANO

MARTÍNEZ CARMENATE

MATANZAS, CIUDAD DEL MUNDO

URBANO
MARTÍNEZ CARMENATE



Ricardo Villanueva Lomeli
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Luis Gustavo Padilla Montes
**Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Económico Administrativas**

Missael Robles Robles
**Coordinación del Corporativo
de Empresas Universitarias**

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial

Primera edición, 2020

Textos

© Urbano Martínez Carmenate

D.R. © 2020, Universidad de Guadalajara



**EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA**

José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco

www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

Febrero de 2020

Edición electrónica
Editorial Universidad
de Guadalajara

Coordinación editorial
Iliana Ávalos González

Jefatura de diseño
Paola Vázquez Murillo

Cuidado editorial
Jorge Orendáin

Diseño y diagramación
Maritzel Aguayo Robles

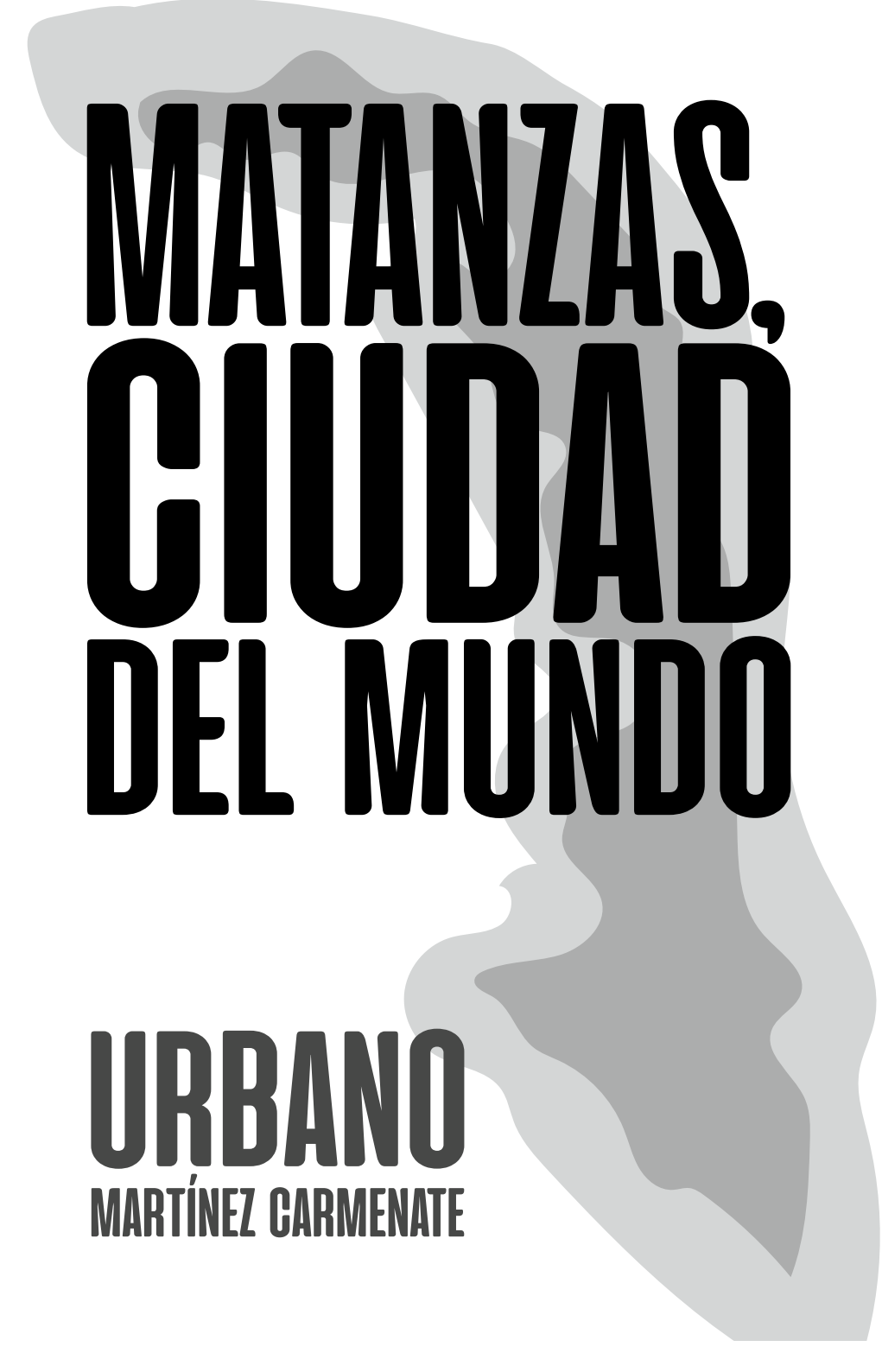


Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Hecho en México
Made in Mexico

Todos los derechos de autor y conexos de este libro, así como de cualquiera de sus contenidos, se encuentran reservados y pertenecen a la Universidad de Guadalajara. Por lo que se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, existente o por existir, sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, sea en el pasado, en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y texto y, en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitando a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y/o en alguna de sus partes. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar alguna de esas conductas sin autorización puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.



MATANZAS, CIUDAD DEL MUNDO

URBANO
MARTÍNEZ CARMENATE

Índice

7	Presentación
9	Matanzas: una ciudad del mundo
14	José María Heredia y Matanzas: la memoria delirante
17	Milanés, flores y palabras...
21	Carilda Oliver Labra: el encanto de la poesía
24	1998: ha muerto el tren de Hershey
30	La autobiografía de Juan Francisco Manzano
34	“Mi bandera”, versos trascendentes
38	Luis Marimón: un recuerdo
42	Julio Font Tió: príncipe del quirófano
47	Noticia bibliográfica

Presentación

ALFREDO ZALDÍVAR

Hace algún tiempo escribí que Urbano Martínez Carmenate vive entre comillas, paréntesis, corchetes y puntos suspensivos... o sea, en las incógnitas de la historia, con sus vacíos inescrutables, su temeridad, sus infinitas polémicas, sus dudas insondables, sus conjeturas. Él ha ido conformando una obra que aunque toma como soporte a la historia, sobrepasa la pura intención historiográfica, sin que ello implique desdén por la literatura histórico-social, donde sin dudas se asienta su obra, pero desde la franca perspectiva del escritor que es (poeta, narrador, crítico y sobre todo, ensayista). La especulación ensayística ha flanqueado sus libros, trátase ya de la monografía, la biografía, el ensayo biográfico, la biografía novelada o el análisis de un período histórico, de un fenómeno literario o un proceso social.

Un investigador que no sólo es dueño de una fina intuición para encontrar las casi imposibles pesquisas, sino que además sabe qué hacer con ellas, hallar la distancia para pulsarlas en su contexto, para evaluarla desde el presente, del juicio inteligente que le permite historiar ese hallazgo, del escritor que es capaz de transmitir su examen al lector, con transparencia y belleza literaria.

En estos breves y valiosos textos, hallamos la plenitud del auténtico historiador, del investigador perspicaz, de la sutileza filológica, para entregarse ante la página en blanco, con todo *horror vacui*, como escritor de oficio, como el amanuense que ha conseguido la madurez plena y no se vuelve a parte alguna.

Esta edición especial de *Matanzas, ciudad del mundo*, se une también al homenaje a la labor del escritor, a quien se le dedica este año 2020 la Feria Internacional del Libro en su capítulo Matanzas y viene a corroborar la pasión de Urbano por la literatura, su obsesiva inquietud por lo histórico y su devoción por esta ciudad donde vive y crea una obra —con intuición, rigor e imaginación— que ya lo trasciende.

Matanzas, enero de 2020

Matanzas: una ciudad del mundo

La primera noticia acerca del sitio es dramática, sangrienta. Hacia 1510, unos treinta españoles náufragos procedentes de Tierra Firme trataban de atravesar la bahía cuando fueron atacados por los aborígenes de la zona. Sobrevivieron apenas un hombre y dos mujeres, cuyos testimonios servirían después de fuente a cronistas de Indias como fray Bartolomé de las Casas y Bernal Díaz del Castillo, quienes ya en la segunda mitad del siglo XVI transmitieron la información con voluntad historiográfica. En época de iniciaciones y descubrimientos provocó asombro aquella “matanza” ocurrida en cierta zona del Nuevo Mundo, inexplorada y sin bautizar, cuando aún se desconocía la naturaleza de esta Isla, habitada por guacamayos, zunzunes, cocodrilos y pacíficos seres humanos fumadores de tabaco.

Al emprender la conquista de Cuba, los colonizadores toparon en las cercanías del territorio con una aldea aborigen: **Yucayo**. Fue el primer mito local, porque por más de doscientos años los historiadores, imposibilitados de ubicarla legalmente con los escasos elementos que les brindaba la arqueología, la reconstruyeron en sus cabezas. Al fin, los poetas concluyeron apropiándose de la idea, tan cabal y oportuna para redondear el relato romántico y para enriquecer la lírica siboyenista del XIX que se proponía defender la pureza inocente del hombre autóctono contraponiéndola a la crueldad del europeo invasor.

El nombre de Matanzas le fue impuesto primero a la bahía y a uno de los ríos que desembocaban en ella; más tarde a

un corral comarcano y por último a la ciudad que en 1693 se fundó con una treintena de familias canarias. Pero ya desde antes el sitio venía cargado de suculentas historias. En aquellas aguas olvidadas y tranquilas habían anclado sus naves famosos personajes de la piratería mundial, como Cornelio Jols, alias Pata de Palo. En 1628 el corsario holandés Peter Heyn había destruido allí la Flota de la Plata española, un golpe de suerte que lo convirtió en héroe popular y cuya hazaña fue comidilla en todas las Cortes del Viejo Mundo, refiriéndose en múltiples lenguas la temeridad de los protagonistas y el “milagro” de un tesoro real que se repartió entre los asaltantes y la oscura promiscuidad del fondo marino.

Durante el siglo XVIII la urbe no sobrepasa la categoría de pobre aldea, con casas de madera y barro habitadas por exiguos pobladores sin riqueza que se dedican a criar cerdos y vacas o a la siembra de productos agrícolas como el maíz, la yuca y el boniato. No existe pujante actividad comercial marítima hasta 1793, fecha en que una orden monárquica autoriza la habilitación del puerto. Entonces comienza a perfilarse un desarrollo que en poco tiempo hará de la población un emporio azucarero cubano. Sus tierras inmediatas son adquiridas por inmigrantes de Europa y Norteamérica. Los traficantes esclavistas procuran la mano de obra en los más distantes rincones del planeta: primero en África o en el sur estadounidense; después, en exóticos parajes de Asia; siempre negociando la compra de hombres con jefes tribales o con mandarines del Imperio Celeste.

La Matanzas del siglo XIX es centro de una orgía económica. Produce en grandes cantidades café y azúcar, sobre todo. Sus estadísticas productivas son las más exorbitantes de la Isla. También lo serán las cifras de negros y asiáticos introducidos. No por gusto las principa-

les rebeliones esclavas de la Colonia ocurren en su área jurisdiccional. Ello testimonia la realidad de oprobiosa explotación, la crueldad sin límites con que se consiguen los dulces y aromáticos productos: siempre sobre la base del sudor y la sangre de muchos infelices, injertados en un escenario ajeno a sus costumbres y bajo la coerción de un látigo que fustigaba sus cuerpos, sus almas y sus dioses.

Una ciudad signada por tan diversas y peculiares circunstancias históricas concluyó forjándose una fisonomía muy característica. En su definición influyeron múltiples elementos, entre ellos el agua, la poesía y el folclor. La urbe se fundó frente al mar, pero entre dos ríos, en una confluencia líquida cuya ventura paisajística determinó su enclave definitivo. Decenas de generaciones han sido tocadas por ese hechizo: una especie de hidrofilia que comienza con el bautizo y termina en un sepulcro bañado por la tierra húmeda. El efluvio acuífero lo percibieron no sólo sus pobladores, sino también los visitantes foráneos. Para amarrarlos, el imaginario popular creó una trampa: la leyenda del Pon Pon, un manantial que vierte incesantemente, a borbotones, listo para salvar a cualquiera de la sofocante sed tropical. Pero quien beba de ahí siete veces —advierte el mito— quedará preso para siempre en la red metropolitana.

La eclosión económica del siglo XIX sustentó las bases de un desenvolvimiento cultural grandioso. No sólo creció la riqueza material: también el espíritu. El aporte de Matanzas a la cultura nacional fue determinante en el ámbito de las letras y las artes. Sigue siéndolo aún. Ello le valió un sobrenombre afincado por la tradición: “Atenas de Cuba”. Brilló en todas las manifestaciones y en casi todos los géneros. Pero únicamente en la poesía se llevó

los laureles de la coronación popular. Sus poetas arrastraron consigo un sopor legendario que prosigue alimentando la posteridad. La urbe se apropió de sus melodías para cimentar una atmósfera de fulgor cotidiano y olímpico. Ninguna otra población cubana ha tenido cantores populares como Plácido, Seboruco o Juan Santos, cuyas esencias traspasan las cortinas académicas para invadir los humildes traspacios del pueblo sencillo. Solo aquí se vive tropezando a diario con imágenes y metáforas entre las más rudas y simples imágenes comunales. Un barbero improvisa décimas al compás de sus tijeras; un taxista recita nueva cuarteta cuando desemboca en nuevas calles; una estomatóloga pega un diente al paso que dice algún verso erótico de Carilda Oliver...

La urbe que ayer se benefició con el trabajo de miles de esclavos africanos respira hoy al beneficio del mestizaje. En las antiguas casonas coloniales —convertidas hace tiempo en ciudadelas o viviendas más pequeñas— habitan los descendientes de aquellas etnias: negros y mulatos de hermosa hechura cubana. No existe el látigo, pero sí se conservan los mágicos relámpagos de sus dioses, émulos de todas las liturgias cristianas. Aquí Elegguá, Ochún y Yemayá tienen tantos devotos como el panteón católico. La población posee menos iglesias que casas templos donde irradia la religión popular, y es, en su fulgurante dimensión espiritual y cromática, una fiebre folclórica. Por cada tres personas vestidas con jeans o guayaberas criollas, hay una que usa ropa blanca de pies a cabeza, cumpliendo así las ofrendas hechas a un santo que pide el sacrificio de gallos, ovejas y chivos.

Matanzas es un paisaje siempre inconcluso. Raíz anclada y rama verde. Su encaje urbanístico está bajo el sig-

no de los puentes, insertos en un trasfondo arquitectónico alentado por un espíritu neoclásico y ecléctico. No es población que viene. Es población que va. Nadie la conoce ciertamente y sus mejores retratos están por hacer. En sus calles se han dado cita personajes ilustres del planeta: desde Sara Bernhardt hasta Anna Pavlova, desde Lorca hasta Pablo Neruda. Pero fue Marta Valdés —compositora e intérprete habanera, Premio Nacional de Música— quien hizo una definición más promisorio y envidiable: “Es la ciudad que le faltaba al Mundo.”

Matanzas, 26 de agosto de 2000

José María Heredia y Matanzas: la memoria delirante

Heredia es un caso único de cubanía. De sus treinta y cinco años de vida, apenas seis transcurrieron en la Isla. Pero bastarían para despertarle un acendrado amor por la tierra natal aun cuando permaneciera buen tiempo en otros lares: Estados Unidos, Santo Domingo, Venezuela y, a la postre, México. Allí moriría en 1839 como colofón de tres lustros de destierro, sin que menguara el afán de volver al suelo patrio. Su última estancia prolongada en Cuba (1821-1823) es predominantemente matancera. En la calle Río se establece la familia a la vuelta de la nación azteca, tras la muerte del padre. José María tiene entonces diecisiete años y ha escrito ya “En el teocalli de Cholula”, poema estupendo, insólito en un creador adolescente.

Antes, en 1819, compone unas estrofas que reflejan por primera vez pesadumbre al referirse a Cuba. Y se refiere a “las dulces costas de la patria mía”; suave imagen que es vivo testimonio de ternura, concepto que aún no rebasa lo geográfico-sentimental. Bien distinto ha de ser el futuro a partir de noviembre de 1823, cuando huye de la persecución, a raíz de descubrirse sus nexos con los Caballeros Racionales, rama de la Conspiración de los Rayos y Soles de Bolívar. Oculto en Los Molinos, el proscrito escribe “La estrella de Cuba” e inaugura la poesía patriótica nacional.

Ahora, mientras avanza el barco que lo salva de la prisión, él permanece en acecho: “fijos los ojos en Matanzas y en el Castillo de San Severino”. Lo último que ve, desde

un horizonte que lo desborda, es El Pan. Llega a Norteamérica y arrastra una doble angustia: el agobio del clima helado y la implacable frialdad del exilio. La visita al Niágara será un suceso definitorio, trascendente, porque en su oda evoca las palmas cubanas; gesto impulsado por el peso de una distancia que ilumina y purifica su sentido de pertenencia. En carta familiar confiesa que andando por aquellos parajes ha soñado “Con Cuba y con el San Juan”.

Todo lo que Heredia significará para la historia y la cultura cubanas lleva el sensible trasfondo de sus vivencias matanceras. La nostalgia por el alejamiento forzoso es resorte que aviva el patriotismo. La conciencia de nacionalidad y la palma como símbolo no han de verse a nivel de abstracciones, sino en la verdadera concreción que envuelve sus experiencias de adolescente: amores juveniles, afecto fraternal por familiares y amigos, sucesos conspirativos que afianzan su identificación con el paisaje criollo junto al cual vibraron sus pasiones y su fervor independentista. En septiembre de 1825, a la vista borrosa de El Pan, todo esto salta de un golpe en el Himno del desterrado, en formidable síntesis: “Qué tesoros de amor tengo allí”.

La cubanía y la matanceridad de Heredia no llegan con ruido de tambores o panderetas, ni por el estampido de cañones disparándose. Lejos de eso, se transmiten por la memoria delirante, el espacio de sueños que es mucho más que la evocación paisajística. A Pepilla Arango, la amiga que perfumó sus breves días de proscrito en la Isla, le recuerda “la sombra del plátano sonante” y “del limón el delicioso aroma”. Sin estridencias, pero con fuego pasional, se manifiesta el patriotismo ardiente del cantor. A veces son atisbos o aromas evocados, a veces, simple fulgor de remembranzas con una carga de ingenuidad fresca y

tierna; como cuando tropieza con un bando de palomas torcazas y echa de menos su antigua escopeta y las cotorras del cafetal Jesús María.

Los deslices posteriores no borrarán esa conjunción de fervores patrióticos ni la calidez de los versos centelleantes con que varias generaciones de cubanos aprendieron a sentir la Patria, redefiniendo el concepto, con otra anchura y amplitud. Traiciones, oquedades, desesperanzas y penurias destrozaron sus pulmones. Tanta amargura eclipsó el empuje de los ideales primarios. Pero en su propio siglo XIX se alzó la voz prodigiosa de Martí para defenderlo, refiriéndose al “poeta que había tenido valor para todo, menos para morir sin volver a ver a su madre y a sus palmas”. En respuesta a los pensadores canijos y reconociendo que nadie se libra de su tiempo —con lo cual mucho decía— escribió el apóstol en 1888: “El primer poeta de América es Heredia. Sólo él ha puesto en sus versos la sublimidad, pompa y fuego de su naturaleza. Él es volcánico como sus entrañas y sereno como sus alturas”.

Milanés, flores y palabras...

Aquel 14 de noviembre de 1863 la muerte había invadido todos los caminos, todas las puertas que se abrieron de pronto para espantar las sombras visitantes, los cocuyos invasores. Cenizas se repartían por cada ventana y un ojo hubo en las claraboyas de los techos para llover con el rocío. Quieto estaba el poeta, quieto el verso en su cantero inmóvil, en una jaula de estrofas grises, despertándose apenas cuando los centinelas del luto miraban al sur, buscando las campanas silenciadas, las arañas que alumbraron los pisos donde cada rostro reflejado era la mueca de otro, preso en el capricho de los espejos refractarios.

Según recoge en sus *Memorias* Lola María de Ximeno, al día siguiente llegó por fin, la hora inolvidable. Todos querían cargar el ataúd, conducirlo hacia la brisa por el sendero de los que vuelven, de los que permanecen en el sitio que se queda atrás, que jamás se aleja mientras más se avance hacia el polo contrario, porque la muerte viene siendo, en esos casos, un camino al revés. Desde la Plaza de la Iglesia hasta terminar la calle Gelabert se arrojaron multitud de flores por señoras y señoritas de muchas casas al cruzar el cadáver. Eso escribió Lola María. Otros cronistas de la época completaron la historia de aquel sepelio multitudinario y célebre, porque escritores matanceros y de La Habana, unidos por el dolor común, se lamentaban como si aquella tarde fueran a enterrar la poesía. Cuentan que al dirigirse todos al fúnebre lugar situado al poniente de Matanzas, vinieron algunos niños de ojos tímidos y sonrisa inocente a depositar sobre el féretro jazmines y azucenas; que muchas bellas mujeres alfombraron con flores el camino del cementerio...

Así, según la crónica del periódico *Aurora del Yumurí*, quisieron sus contemporáneos despedir al poeta. Con perfume le dijo adiós la ciudad, la misma que veinticinco años atrás había intentado en vano coronarlo en público, como después hizo Madrid con Zorrilla, París con Víctor Hugo. Ahora, cuando ya él no podía rechazar ningún homenaje, perfumaron su último camino, como quien entrega el último beso.

Sin embargo, Milanés había sido unos de los pocos poetas del siglo XIX cubano que no le cantó a ninguna flor en concreto. Algo extraño, sorprendente, porque casi todos sus colegas de esa época lo hicieron. Mendive se inspiró en los lirios azules, Federico Uhrbach en los nardos y las rosas, Diego Vicente Tejera en las violetas, Plácido en el girasol, la malva, la siempreviva y hasta en las cimbreantes espigas de la caña, la piña, el café... Otros —Vélez Herrera, Teurbe Tolón— dedicaron composiciones a flores tan pintorescas como la de la pitahaya y la del jibá.

Pero José Jacinto —el Suave Cisne de Matanzas, como lo aclamaron desde la capital sus amigos— concluyó, al fin y al cabo, dedicándole sus cantares a la más bella de las flores: la mujer de su patria. Se lo confesó abiertamente en 1842 al poeta mejicano Ignacio Rodríguez Galván, quien felicitara antes al matancero por el éxito de *El Conde Alarcos*, donde aparece el personaje de Leonor, mujer agravada por la abusiva tiranía de un rey. Y José Jacinto le dice al colega azteca:

El bello corazón de la cubana
pinté no más si reparar quisiste
en aquella hermosura sevillana
hija infeliz de mis ensueños tristes.

Entonces estaba hablando de libertad, que en esa época implicaba hablar de independencia. Algunos críticos vieron esa misma condición sospechosa en las estrofas de “La Fuga de la Tórtola”; y no hay duda de que ahí palpita cierto clamor, cierta condena a cualquier forma de prisión. Pero, quién sabe —nadie, a ciencia cierta, lo sabrá— si además de eso, estos versos dedicados a una *cimarronzuela de rojos pies*, de tan alta tonalidad sentimental, testimoniaban, también y al mismo tiempo, otro cimarronaje, una fuga de otra dimensión, más íntima, más suya: el desgarramiento del amor imposible; golpe que, a la larga, lo llevará a la pérdida del juicio. Esa lastimadura de lo inalcanzable parece preconizarla él desde muy temprano, en composiciones más ligeras y anteriores. Así cuando exclamó: “Ay, los mis lindos amores / idos son que yo los vi”.

Después vino esa historia trágica y lacerante, el enamoramiento sorpresivo, el rechazo familiar, el delirio... y una décima suya, imperfecta, como salida del corazón, inédita por casi ochenta años, oculta en los papeles familiares, guardada con celo filial, dada al conocimiento público en 1920:

Porque me diste, Señor
un alma triste y sensible
esclavo de un imposible
por los lazos del amor.
Mi tormento, mi dolor
no la mueve a compasión,
sin su amor, sin su pasión
encuentro el mundo vacío.
Para olvidarla, Dios mío
arráncame el corazón.

Ese Milanés no puede quedársenos tieso en una estatua. Ese poeta vuela, anda. Viene y trae las flores más frescas, respira sobre un nuevo puente, nos mira ya desde los viejos techos carmelitas, parado sobre el ala abierta de uno de los gorriones del parque. Ese poeta no se fue nunca: sembró ciruelas y gaviotas por donde cualquiera de nosotros haya puesto sus ojos más de una vez, por aquellas rutas antiguas en que asoma el sur llenándose de palomas blancas. Lo mejor, lo entrañable, es que llega sin ruido. Lo mejor, lo entrañable, es que llega con ruido. Pero llega cuando menos se le espera; o, precisamente, cuando más lo esperábamos. Se detiene frente al grupo, se burla del bronce de su estatua y después se pierde entre nosotros con la única humedad poética del mundo.

Matanzas, noviembre de 2011

Carilda Oliver Labra: el encanto de la poesía

Nos reúne un hecho sencillo y grande. Un homenaje a Carilda siempre tendrá esa doble virtud. Aprovecho para reiterarlo hoy que me han concedido el privilegio de hablar en nombre de Matanzas, interpretando el sentir, no sólo de escritores y artistas, de autoridades y profesionales de la cultura, sino también en representación de los miles de hombres y mujeres de este pueblo que aman su poesía.

Ella siempre ha sabido que el poeta, aunque es capaz de disparar metralla como cualquier ciudadano, tiene sus armas propias: la palabra, que ayuda a difundir ideas. Y ya en plena “Crisis de Octubre”, cuando la dignidad cubana levantaba en peso al mundo, advertía a los agresores amenazantes:

... no apuntéis al cielo
con vuestras armas:
se asustan los gorriones,
es primavera,
llueve,
y está el campo pensativo.
Por favor,
derretiréis la luna que da sobre los pobres.

Y cerraba la última estrofa del poema con un disparo en nombre del amor:
... no habléis tanto de cohetes atómicos,

que sucede una cosa terrible:
yo he besado poco.

El beso, más que suyo, era el beso de la Patria. Después hubo tiempo de repartirlo por todo el mundo, desde Indochina hasta África, desde América del Sur hasta el Caribe, hechas todas las bocas un milagro de pólvora y espuma, un fuego tremolante donde se hizo espacio para el lirio de las mutuas solidaridades y para esas iluminaciones humanas que nos enseñan que la tierra, como el agua, es una sola.

La historia personal de Carilda demuestra que la sensibilidad del poeta, por compleja y múltiple, alcanza para el espejo y la mariposa, para el verano y el crepúsculo, pero también llega a la piedra y el surco, a las trincheras y al fuego de las tribunas públicas. Y confirma que el verdadero esplendor poético estalla a plenitud cuando se es capaz de interpretar las esencias de un pueblo y permanecer junto a él. El aplauso que ahora le damos lo sentirá más cálido y recóndito porque primero aplaudió ella en sus versos, la maestría natural de la gente común. Sus creaciones no escatimaron temas ni motivos. Nos enseñó que no hay verdades ni exclusiones cuando sopla con autenticidad el viento de la Poesía.

Ella, con su misma voz, apasionada, rimó la caña y el berro, el fusil o la cebolla, cantó al estibador y al estudiante, al ciego y a la vecina muerta, al corazón y al sexo. Y también enalteció los símbolos sagrados y supremos de Cuba: desde la bandera hasta las palmas, desde Martí hasta Fidel, desde el guerrillero internacionalista hasta el niño náutico que el Imperio pretendió robarse. Si Villena habló con la pupila insomne y Martí vio Patria hasta en la noche, ella —acrisolada en otro tiempo— pintó la palma

abriendo el día y pidió toda la tierra cubana sobre su tumba, un modo inédito de defender la paz en una isla bloqueada que, en vez de armas, produce libros y vacunas.

Felicidades, Carilda Oliver Labra. No sólo por este nuevo aniversario. No por los años que —en ti— siempre serán pocos y frescos. Felicidades por haberte inspirado siempre en los temas más universales que reflejan los más nobles sentimientos humanos: el amor y la patria. Y por haber enaltecido infatigablemente lo hermoso de la vida, al tiempo que aborrecías lo injusto.

En nombre de todos, gracias por el eterno encanto de tu Poesía.

4 de julio de 2002

1998: ha muerto el tren de Hershey^{*}

*... envuelto en un frágil solemne aire
de agua, como una cáscara de nuez
el tren de Hershey inicia la aventura
por las inmediaciones de la desolación*

Luis Lorente

No por los nuevos vagones españoles, que en definitiva tampoco son tan nuevos. No por cambios en la atmósfera traumática de vértigo y bamboleo que caracteriza las interminables horas de viaje, ni por variaciones en esa partición de espacio que son cuarenta paradas en menos de cien kilómetros. Nada de eso desapareció. La muerte sobrevino al perderse lo típico, lo distintivo, lo único que diferenciaba al tren de Hershey de un medio de transporte cualquiera: el sabor radiante de otra época, la virtud de una existencia arqueológica a contrapelo de la modernidad.

En las primeras décadas del siglo XX, Milton Hershey —cierto magnate norteamericano— fundó un ingenio, enclavado en un punto entonces oscuro, casi equidistante de La Habana y Matanzas. Era un paraje bastante solitario desde cuya altura se veía el mar. Ávido de ganancias monetarias, el propietario no se conformó con un estrecho destino de carretas y bueyes. Pronto descubrió que los moradores de aquel apartado rincón podían comunicarse con el mundo sólo mediante fangosos caminos vecinales. En-

^{*} Escrito en 1998, a raíz de las transformaciones modernizadoras hechas al tren.

tonces patrocinó un ferrocarril eléctrico que cargaba las cañas en determinadas horas del día, y en otras, transportaba a la gente. La obra se inauguró en 1921 y fue un signo de progreso civil en un momento en que aún ni siquiera existía la carretera central de la isla.

Mr. Hershey, que ya se había enriquecido mediante negocios relacionados con el chocolate, empleó dinero para la construcción de las vías férreas y para el tendido de los cables conductores de electricidad. Ya desde antes había prestado su apellido para nombrar el ingenio y un batey donde los trenes harían una obligatoria parada de cruce. Allí se topaban el que salía de Casa Blanca hacia Matanzas, y el otro, de itinerario inverso. El amplio tramo recorrido se llenó de paraderos, con nombres frutales —La Lima, Los Mangos—; de topónimos aborígenes —Canasí, Guanabo, Concuní—; con denominaciones del santoral católico —San Mateo, San Antonio, San Francisco— o, simplemente, de apelativos que aludían a la accidentada conformación del espacio geográfico: Bahía, Cañadas, La Sierra, Río Blanco, Peñas Altas, Las Playas...

Desde siempre el viaje resultó una pincelada pintoresca con azarosas singularidades. Se iba sobre un tren eléctrico que atravesaba un paisaje nunca transitado por similares vehículos. En ese sentido se convertía en una primicia con el encanto de la novedad paradisíaca y agreste. La lluvia embarazaba sus normales operaciones técnicas y la falta de energía impulsora lo inmovilizaba, deteniéndolo en puntos imprevistos o improvisos donde los pasajeros no tenían otra alternativa que charlar endemoniadamente, contarse mutuas historias —reales o apócrifas— en espera de la reanimación. Esos paréntesis interrumpidos venían a ser una especie de *promenade*

tropical, de *tournée* aleatoria, de odisea exótica que, a la postre, alimentaba los recuerdos.

Más adelante, la Historia se encargaría de convertir al tren de Hershey en toda una leyenda. Los demás trenes evolucionaban, eran sustituidos o asimilaban la impronta novedosa de flamantes tecnologías; pero él continuaba imperturbable, con su carapacho añejo y su forma tan propia de conducirse por entre los recodos de una naturaleza también virginal, renuente a la asunción de lo moderno. Después de 1959, cuando en Cuba el transporte dejó de ser un asunto seguro y exacto, Hershey fue muchas veces quien salvó de apuros a los reclutas fugados, a los becarios martirizados por el fin de semana, a los obreros albergados que retornaban a sus casas los sábados, de prisa, soñando con una cama tibia y una mesa opípara hecha por ansiosas mujeres desguarnecidas.

Lejos de cualquier rigor almidonado, adquirió en el tiempo ese típico porte —tan suyo— de ambivalencia cotidiana, de excelencia tradicional. Sus pitazos tremolantes lo identificaban en las noches agónicas o en las madrugadas florecientes. Sus candeladas nocturnas —relámpagos en flor sobre los cielos del techo— fueron, más que sorpresa y susto, un prólogo a las palmadas frenéticas y al cantar entusiástico de los pasajeros. Sus usuarios no vestían saco y corbata, sino ropas de Kaki o mezcilla, indumentaria más propia para un viaje donde confluían las personas con los animales, las plantas y las cosas: es decir, los cuatro reinos de la naturaleza. Gratuitamente, sin el fardo oneroso del boleto, viajaban carneros, puercos y sinsontes, en un mismo vagón, sin prejuicio ni perjuicio. Una cháchara humana podía, a medio camino, matizarse

con el graznido de un pavo o con los berridos intermitentes de un chivo.

Esas circunstancias no lo degradaban en lo absoluto y, muy por el contrario, le concedían cierto folklorismo de campo abierto que nos lo convertía en aventura inolvidable y única. El usuario se acostumbró bien pronto al olor de las guayabas, mangos y anones guardados en cajas debajo de los asientos; o a tropezar, en la hacinada superficie de los pasillos, con racimos de plátanos o ristras de ajo criollo cubiertos con sacos y ariques de manufactura guajira. El tren era un tren, pero tenía la suerte y la gracia de ser a la vez un mercado ambulante, a la par que un sitio donde se encontraban amigos y vecinos, compañeros y paisanos marcados por la misma ruta, unidos por una costumbre común...

Este fenómeno también sería apreciado por los forasteros que nos visitaban. Nada extraño que se deslumbraran ante algo insólito, curioso y rayano en lo extravagante que los extranjeros percibían como una manifestación del trópico americano, siempre sujeto a la magia de lo “real maravilloso”. Lucía Newman, periodista de la cadena norteamericana CNN, en un reportaje televisivo donde abordaba el asunto, entrevistó a un turista canadiense que no tuvo reparos en confesarle que entre las sorpresas pintorescas de su visita a Cuba se incluía la experiencia de haber viajado toda una tarde sobre las ruedas despampanantes del tren de Hershey

En los difíciles tiempos del “periodo especial”, la locomotora chocó más de una vez con ciertas piezas de ganado suelto que se atravesaban en su camino: pobres animales sin rumbo, rampantes bailadores en Cuba cuando aún en el continente europeo no era un escándalo la enfermedad

de las vacas locas. El maquinista sentía el impacto sobre los cuerpos y hacía lo propio en esos casos; frenaba con estrépito para determinar el alcance del suceso. Entonces los viajeros desamarraban sus bultos, se lanzaban a tierra provistos de cuchillos, machetes o punzones y cumplían su trabajo con más eficiencia que las pirañas o las tiñosas. Era casi un júbilo teatral ver tanta gente eufórica arrasando jabas sangrantes, trepándose en coches destartados, toscos, pero abiertos a la codicia del bistec crudo, a la desbocada apetencia de las ternillas apetitosas.

Sin embargo, las líneas férreas habían llegado a tal grado de deterioro que el contoneo del trayecto se volvió una tortura. Era un vehículo sofocado, y así lo vieron los poetas: “exhausto ya de ser un esperpento / del sobresalto al palpito al desmayo”, escribió Juan Luis Hernández Milián. “Camina piano, andante ma non troppo. / Dios debe soplarlo recostado a la puerta / trasera del último vagón...”, anotó Luis Lorente. A principio de los años noventa, los vagones respiraban una cruel agonía y algunos fueron sustituidos por otros donde históricamente habían viajado las reses. Resultaba imprescindible cambiarlos. Pero lo que no resultaba forzoso era alterar una tradición de tanto arraigo popular y de tanto semen folklórico en la historia comarcana. Lo que ha ocurrido es un torpe homicidio, una grotesca tontería, una vulgar mecanización.

Los directivos de la empresa ferrocarrilera quisieron entregar algo tan nuevo y distinto que acabaron cayendo en la torpeza. Para los viajeros, la primera molestia fue comprobar que al hacer la sustitución no contaron para nada sus intestinos y vejigas: los nuevos vagones carecían de letrinas. Al parecer, ese embarazo no resultó suficiente y decidieron suprimirles también el estómago. Por dispo-

siciones reglamentarias se prohibió comer y beber durante un viaje que de todas formas continúa demorando más de tres horas por lo general y que no ha logrado liberarse de las “extras paradas inesperadas”: esa especie de cierre o “tranque” — casi siempre en campo despoblado— donde nadie explica a los usuarios la causa de la inacción, mientras el tiempo desliza sus horas interminables.

Triste ironía. Ese fue el regalo con que la Empresa conmemoró el centenario de 1898, la separación de España: entregando a sus habituales pasajeros un bruñido tren español, con paredes y asientos nuevos, pero culturalmente muerto. Siguen el bamboleo y la demora —que son lo peor— y se perdió lo mejor, lo distintivo: la savia copiosa de su folklorismo.

.

La autobiografía de Juan Francisco Manzano

Además de su carácter fundacional, la autobiografía de Manzano es, sin duda, el texto más auténtico, revelador e insólito de la narrativa cubana antiesclavista. Antecede a otros que se estudian académicamente en universidades e institutos, como la *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde, o *Sab*, de la Avellaneda, pero nunca aventajan estos al crudo testimonio de 1835 que, entre errores ortográficos y deslices sintácticos, ofrece un cuadro vital incomparable. Amén del interés argumental, sorprendente por los episodios horribles, hay algo que lo vuelve único: la desnuda visión de la realidad relatada por un esclavo, a diferencia de los demás, redactados por autores blancos.

El lector común hace una lectura común, mas los especialistas procuran diversos meandros, haciendo análisis múltiples tras el incesante dialogar con las páginas entrevistadas. Una de las interpelaciones tiene que ver con las trampas de la época: ¿Qué dijo y qué dejó de decir el infeliz mestizo? Porque lo cierto es que nadie duda de lo plasmado en el papel; lo preocupante radica en cuánto encierra lo que se vio forzado a callar a expensas de oscuras razones, al punto que profesores y estudiosos se refieren a "los silencios de Manzano" como un asunto indudable, conscientes de que cuando no se es libre, queda escaso margen para escribir con libertad.

Primera advertencia: la autobiografía nunca es totalmente confiable. Es género escurridizo, por definición elemental. Los teóricos han acuñado una frase hecha: "el que cuenta su vida, recuerda solo lo que le interesa recor-

dar”. Es válido, aunque no es el único riesgo. A veces influyen o determinan otros factores: capacidad memorística, distancia de los sucesos, perturbación mental, olvidos inciertos... De modo que pudiera mejorarse la frase citada: “... lo que interesa y lo que se puede recordar”. En ello no vale solo la intención, asimismo la capacidad. En una trayectoria vital contada por el protagonista, nadie queda a salvo de las omisiones voluntarias e involuntarias.

Lo segundo es también determinante: se trata en este caso de un escrito por encargo, una solicitud que le hiciera Domingo del Monte para utilizarlo como instrumento de la campaña abolicionista en pleno auge. Sin embargo, ni el crítico ni los integrantes de su círculo eran propiamente antiesclavistas. Algunos —Suárez y Romero, el mismo Domingo— vivían de las riquezas azucareras conseguidas con el trabajo esclavo en ingenios de la familia. Lo que les interesaba era eliminar la trata, propiciadora del incremento de africanos en la Isla, situación que les recordaba el arrasamiento haitiano por los negros levantiscos. Creen que peligra la fuente de sus caudales.

De manera que los delmontinos no van contra la esclavitud a fondo. Nada de enfrentamiento raigal. Van a lo periférico. Critican el maltrato de los amos con sus siervos, el abuso de las agotadoras jornadas de trabajo, la inclemencia en los castigos. Como nada de esto resulta suficiente para convencer a los ambiciosos propietarios blancos, apelan a otro recurso: insistir en que el contacto del hombre libre con el esclavo envenena las costumbres sociales y la moral pública. Quieren convencer a todos de que lo inteligente y útil, lo conveniente y seguro, consiste en blanquear la colonia. Por otro lado, para denigrar al negrero se proponen humanizar al negro, pintándolo como un ser pacífico, incapaz de acciones perniciosas.

Es esa idealización la que permea la narrativa cubana del siglo XIX, de la cual el *Francisco*, de Suárez y Romero, es paradigma. La autobiografía de Manzano ofrece una visión no muy distinta, si se observa que el autor no se detiene casi nunca en sus actos personales de rebeldía y se muestra pasivo en los trances tormentosos. Pero uno se pregunta si el texto que leemos hoy fue el mismo que se propuso el protagonista. ¿Acaso recibió de inicio orientaciones concretas o sufrió después una censura parcial? Se ha dicho que fue adulterado con creces tras la revisión que hiciera Suárez y Romero, pero este, al devolvérselo a Del Monte, le explica: “En la ortografía y la prosodia es donde más he tenido que enmendar (...), por lo que dice al estilo he variado muy poco el original, a fin de dejarle la melancolía (...) y la sencillez, naturalidad y aún desaliño que le da para mí mucho mérito alejando toda sospecha de que los sucesos referidos sean mentira.”

Sin embargo, no se descarta la posibilidad de otra mano censora. El 25 de junio de 1835, en carta a Del Monte, Manzano se le queja: “no sé cómo demostrar los hechos dejando la parte más terrible en el tintero”... ¿Es expresión espontánea o acaso responde a una injerencia oportuna del crítico, velando porque el otro no rebasara los extremos? Pudiera ser, si se considera que lo mismo hará después con Milanés y con el propio Suárez y Romero cuando presintió que lindaban con conceptos subversivos. En verdad nunca se sabrá si tales deslindes obedecen a voluntad ajena o si son producto de los normales temores que estremecían al infeliz mestizo. Ya le había advertido a Domingo que él, humilde siervo, “fiado en la prudencia que os caracteriza se atreve a chistar una palabra sobre esta materia, y más cuando vive quien me ha dado tan largo que gemir”.

Todavía hay más pruebas de su cautela: a veces, cuando refiere los maltratos, castigos o embestidas de que es víctima, ni siquiera nombra a los culpables. Esto lleva a Alex Castro a afirmar: “Las agresiones que sufre Manzano tienen sujeto indeterminado. Parece no haber agresor.”

Con sus naturales aprensiones escribe Manzano, a pesar del riesgo que conlleva una revelación temeraria. La relación entre el esclavo y el crítico —me niego a calificarla de amistad— pone de manifiesto la gran inteligencia del mestizo y la liberalidad del montino. Aún el primero tiene ocasión para advertirle al segundo: “me he preparado a hacer una parte de la historia de mi vida, reservando los más interesantes sucesos de ella para si algún día me hallase sentado en un rincón de mi patria, tranquilo, asegurada mi suerte y subsistencia, escribir una novela propiamente cubana”.

Sorprende el proyecto acariciado. Pero tanto él como los delmontinos ignoraban que con aquel texto estaba naciendo por todo lo alto la primera novela de una isla en la cual todavía no se encontraban muestras del género. La autobiografía fue valorada por Richard Madden en 1840 como “el cuadro más perfecto de la esclavitud cubana que jamás haya sido entregado al mundo”. Apenas siglo y medio después, Roberto Friel vio en esas páginas “la escritura en cuerpo de brasa iluminando lo que fue”.

“Mi bandera”, versos trascendentes

El poeta matancero Bonifacio Byrne Puñales (1861-1936) había marchado al exilio a principios de enero de 1896. El motivo fundamental de su partida fue el soneto que dedicara a Domingo Mujica el 20 de agosto de 1895, el mismo día que las autoridades españolas ejecutaron el insurrecto de Jovellanos, convertido en el primer cubano fusilado en aquella guerra dentro del territorio occidental de la Isla. El poema se convirtió en bandera de los combatientes y una madrugada aparecieron sus dos últimas estrofas, escritas a lápiz, en una columna del Palacio de Gobierno. La situación se fue tornando muy difícil para él, periodista que con sus candentes artículos en la prensa fustigaba de continuo a la administración colonial. Hasta el propio gobernador le envió recados intimidatorios y los amigos más cercanos al escritor le aconsejaron ausentarse.

En Tampa colaboró con publicaciones periódicas mambisas, leyó textos en tabaquerías y en veladas revolucionarias, integró un club independentista, participó en mítines políticos y dio a la luz *Efigies*, un libro de sonetos patrióticos, de cuyos derechos autorales donó un diez por ciento para engrosar los fondos de la gesta emancipadora. Esa actitud suya adquiere mayor significación cuando se conocen las estrecheces económicas del escritor, obligado a mantener una numerosa familia: diez hijos y su esposa. Nunca tuvo paz en tierra norteamericana, porque siempre

lo acosaba la escasez monetaria. La peor desgracia le ocurriría el 24 de noviembre de 1898: la muerte de Plácido, el primogénito, víctima de una dolencia súbita que no pudo curar el médico amigo.

Once días más tarde desembarcaba con los suyos en La Habana, compartiendo el furor de todos los exiliados por regresar pronto a la patria, libre ya de las fuerzas militares españolas. En el puerto, aun sobre la cubierta del barco, Byrne vio el estandarte norteamericano flotando a la altura del Morro y observó también las miles de enseñas cubanas que ondeaban airoso en techos y balcones de las casas donde vivían patriotas. El contraste de las dos banderas lo impresionó fuertemente. Unas horas después se encontraba instalado en Guanabacoa, en la residencia marcada con el número 9, en la calle Jesús María.

Aquella misma tarde se escribió el glorioso poema que conmovería a la sociedad criolla. Al comienzo, le fue imposible deshacerse de su dolor de padre, porque la herida era demasiado profunda y reciente. Los dos primeros versos dan testimonio del hecho:

Al volver de distante ribera
con el alma enlutada y sombría

.....

Pero de inmediato, en un gesto heroico y magnánimo, se desprende de su pena individual para darle paso al dolor del pueblo. Las estrofas que siguen van destinadas a expresar la angustia nacional que ha provocado la ocupación de la Isla por una potencia extranjera, maniobra que ha quebrantado de un tirón las ilusiones independentistas.

Byrne se había empinado ante la tragedia que le había impuesto la vida, apartando sus pesares íntimos para asumir el deber del ciudadano. “Mi bandera” fue expresión de un sentimiento colectivo de impotencia y angustia por la invasión que cercenaba la soberanía. Con su poema se hacía intérprete fiel del infortunio político de la Patria, hablaba por los que sangraban como él y a la vez se volvía clarinada para otros que, cándidos aun, no advertían el peligro de la inminencia imperialista. Sus versos, lejos de limitarse a deplorar el lamentable contratiempo, engrandecían la dignidad cubana, denunciaban la ingerencia y tomaban partido a favor de la historia revolucionaria:

Que no deben flotar dos banderas
donde basta con una: la mía.

Al mes siguiente, el poeta trabajaba con los redactores de la revista habanera *El Fígaro*. Juntos preparaban un número extraordinario —especie de álbum— dedicado a sucesos y personalidades vinculados con la última guerra de liberación. Le acompañaban otros poetas: Enrique Hernández Miyares, Federico Uhrbach y Diego Vicente Tejera. Resultó un éxito periodístico y en medio de esas páginas enaltecedoras se publicó por primera vez “Mi bandera”, dedicada al general Pedro Betancourt, quien se había llenado de gloria protagonizando numerosos combates en los campos de Matanzas. Aquellos versos ganaron trascendencia ante la lectura emocionada de cada cubano y seis décadas después volverían a vibrar en la voz de Camilo Cienfuegos —ante un nuevo peligro vivido en la Isla—, convertidos ya en himno de la resistencia popular:

Si deshecha en menudos pedazos
llega a ser mi bandera algún día...
¡nuestros muertos alzando los brazos
la sabrán defender todavía!...

Matanzas, marzo de 2015

Luis Marimón: un recuerdo

Siempre que él asalta mi memoria, me llega en zigzag y en forma de cocuyo: como un bicho negrísimo que atraviesa la noche, fugaz y sin rumbo exacto, pero con los ojos repletos de luz. Eso era Luis: la hoguera, un astro perdido, fósforo que se renueva. Lo conocí en 1972 en Cárdenas, una noche de actividad literaria en la Casa de la Cultura; vino acompañando a Digdora Alonso, a quien se le había programado un recital de sus versos. Desde entonces me pareció un ser desamparado, inocente, alguien que por extraña obligación necesitaba estar cerca del mar para no extraviarse.

Más que su poesía le importaba la Poesía. Leía mucho, tenía un plan personal de lecturas, pero jamás lo vi acariciar un libro al estilo de un erudito. Los mejores poemas los hizo estando ebrio, sobre húmedas mesas de bares y cafetines, nunca demasiado lejos de la efervescencia humana, del gentío clamoroso, bullente en parques, clubes o en orgías callejeras. No le interesaban tanto las mujeres, pero sí su mujer. “Miriam era eterna”, expresó en uno de sus poemas. Y tenía razón; ella, que le toleró tantas locuras y extravagancias, fue al paso del tiempo la más viva estampa de la perpetuidad.

Procedía de virtuosa estirpe. Francisco Vicente Aguilera, su tatarabuelo materno, había sido el jefe de la conspiración patriótica que desencadenó la guerra de 1868 en el Oriente de Cuba. Amelia Vento, la abuela, escribía versos y llegó a publicar un poemario con título sugestivo: *De mi jardín interior*. El hijo de ella, Israel Tápanes, formó parte del grupo de jóvenes aguerridos que, nucleados alrededor de Fidel Castro, asaltaron el cuartel Moncada, de

Santiago de Cuba, el 26 de Julio de 1953. Entonces Luis tenía solo dos años de nacido; estaba por cumplir los cinco cuando otro núcleo de corajudos asaltó el cuartel Goicuría, en Matanzas.

Sin embargo, Luis Marimón apenas tenía historia. En la década de los años ochenta, su corta historia personal la conformaban los versos escritos, amparados en más de veinticinco premios obtenidos en certámenes poéticos locales y nacionales. Eso, sin alardes: ni siquiera mostraba los diplomas. Se parecía al sinsonte: discreto en la indumentaria externa, pero todo un señor del canto. Convidaba a escuchar sus últimos versos y extraía del bolsillo un fragmento de “papel cartucho”, garabateado con su letra. Como en el caso de Carlos Gardel, no importaba aquí el ruido de las gangarras del fondo, sino el nervio de la voz única.

Era Tauro: había nacido el 16 de mayo de 1951. Uno de sus timbres de orgullo consistía en haberse criado a tres cuadras del puente que une a Versalles con Matanzas. (“Ah de mi río amado, mi gastado Yumurí, de márgenes pútridas/ y gaviotas sucias sobre tu dócil lomo”). Amaba endemoniadamente esas aguas con sus pestes y sus licores fantásticos. Un día decidió mudarse a una casa semi-construida en las calles Ayuntamiento y Salamanca, en el barrio de La Marina, porque alguien le aseguró que el amplio charco del patio era el Pom Pom. Vivió allí sus últimos años cubanos creyéndose dueño de unos legendarios manantiales que eran patrimonio de la ciudad.

La única biografía suya que conozco es una breve nota impresa en la contraportada de una plaquette donde, en apenas trece renglones y en ochenta y seis palabras, se dice que comenzó a escribir a los ocho años, que era autodidacta y que había ejercido tres curiosas profesiones: ac-

tor, soldado raso y expedidor de gasolina. Yo siempre lo tuve como una especie de Rimbaud cubano. “El vino que ofrezco no lo puede / contener otro cántaro que mi corazón”. El poeta José Z. Tallet no olvidaba preguntarme por él cada vez que yo lo visitaba en su apartamento habanero del Vedado. Se habían conocido de una manera singular. El autor de *La Semilla estéril* viajó a Matanzas y el auto que lo conducía se detuvo frente al hotel Velasco en el mismo instante en que Marimón salía de allí con un cake en la mano. Al reconocer al anciano memorable, Luis exclamó: “¡Tallet entre nosotros!”, lanzó el dulce contra la acera y corrió a abrazarlo.

Su delirio era vagabundear. Se sentía algo huérfano si no andaba por los trillos de siempre: de La Marina al parque, de allí a “El Parnaso” o al hotel “Dos Amigos”. Su ruta era la ciudad, girando más hacia la parte umbilical: el centro histórico. Alejarse de allí era casi enfermarse. Una sola vez logré que me acompañara en un viaje. En el verano de 1986 nos fuimos un sábado a Guanabacoa y dormimos en casa del poeta Ernesto Olivera. Pero a las cinco de la madrugada ya estaba en pie, insistiéndome en un pronto regreso. Cuando el Yumurí mostró sus primeros recodos por las ventanillas del tren de Hershey, me confesó que el alma le volvía al cuerpo. Disfrutaba el olor a fango.

Su único timbre cultural auténtico era la poesía. En otras vertientes resultó una calamidad. Como funcionario fallaba porque no era organizado ni persistente. En labores editoriales se defendía mejor, porque era tarea de equipo y los demás lo arrastraban. En 1971 le programaron en Cárdenas una conferencia sobre un tema atrevido: “Poesía cubana contemporánea” y lo único que consiguió fue hacer rabiar a personas muy serias; entre ellas, la doc-

tora Ada Carballo, profesora de gran prestigio. Me contaron que hizo una disertación anárquica, desconcertante. Suprimía nombres a su antojo y eliminaba poetas esgrimiendo razones insostenibles: “De ese no hablo porque no me gusta”; a fulano lo excluyo porque no es mi amigo”; “de aquel nada digo porque es autosuficiente, se cree mejor que yo...”.

En 1994, cuando la crisis de los balseros, supe que se había ido acompañando a su hijo. Nunca se me ocurrió pensar que fuera por problemas políticos. Lo suyo más bien sería por el instinto aventurero que siempre mantuvo. Después supimos del infarto que lo venció definitivamente. ¿Cómo pudo irse así, arrancarse de la ciudad, del río y los manantiales? Después de todo, creo que nunca se fue; y si acaso llegó a hacerlo, el peso de la pena sería tan grande que le llevó a encontrar la única forma de volver a La Marina, al parque y a sus trillos: la muerte. “Siempre las cosas son de donde fueron”, escribió en “Fósiles de la Colina”.

Por eso Luis Marimón es de Cuba.

Escrito en 1917, inédito hasta ahora

Julio Font Tió: príncipe del quirófano

Desde tiempos remotos, en antiguas culturas como la egipcia, la hindú o la griega, la medicina fue un abrazo cotidiano entre la ciencia y la magia. Entre pócimas, cataplasmas, lavativas y ungüentos —recursos terapéuticos que el hombre nunca abandonó— estaban, como remedios frecuentes, las fórmulas mágicas, los hechizos y los encantamientos. Eran tiempos en que se creía que la enfermedad llegaba por obra de los demonios encabritados, de espíritus malévolos a los cuales solo podía exorcizar la observancia de un ritual religioso.

Entonces el médico tuvo algo de mago. Ese curandero inicial de la historia —lleno de ingenua fe, de mito y de instinto natural sagaz— tenía ya en sus ojos la luz distintiva que siguen teniendo aún los médicos de hoy, los que ejercen por vocación. Siempre fue la profesión un privilegio glorioso, un timbre preferencial, un hábito que imponía una aureola, como la de los santos apóstoles. El curandero adquirió relieve social en la tribu; el médico en la corte, en los señoríos, en los cotos donde reinaban personajes de abolengo, y hasta las grandes familias nobles y burguesas tuvieron sus facultativos privados.

De ninguna de esas prebendas disfrutó Julio Font Tió, venido al mundo ya en el siglo XX, en una isla del Caribe americano cuya primera gran carta de triunfo científico en la arena internacional —el descubrimiento por Carlos J. Finlay del agente transmisor de la fiebre amarilla— fue pasto de la oscuridad por mucho tiempo. Pero este matan-

cero, nacido en una ciudad legendaria, de frente al mar, un 21 de julio, de una tarde castigada por el ciclón del 26, estaba llamado a ser el orgullo de todo un pueblo agradecido que en sus siete décadas de existencia lo reconoce ahora como el héroe que ha sabido ganarle múltiples y heroicas batallas a la muerte.

En la Universidad de La Habana fue alumno ayudante de dos eminencias: Enrique Hechavarría Vaillant y Ricardo Núñez Portuondo, circunstancia que le permitió comenzar a operar desde 1948, sin título académico aún. Al graduarse en 1951, ya tenía en su haber cierta experiencia en el arte de sondear el cuerpo humano con el bisturí para desafiar el demonio de la enfermedad. Lleva medio siglo de práctica quirúrgica y en esta población de casi cien mil habitantes, resulta rarísimo encontrar una familia donde alguno de sus miembros no posea una cicatriz cutánea hecha por él.

Ha conseguido hacer una obra monumental, con inmensa devoción, penetrando en el interior carnal de sus pacientes; labor sorprendente que, como las pirámides egipcias, todos admiran, pero pocos se explican. Nadie sabe exactamente por qué “caer en sus manos” equivale a una segura burla de la muerte. Un profesional de la medicina es grande cuando traspasa las fronteras de su ciencia diaria. Hace tiempo que él dejó de ser ese caballero de bata blanca, que receta aspirinas y conjura los peligros de la presión arterial para convertirse en el indiscutible príncipe del quirófano, señor de las cuchillas, una especie de quijote enfrentado a los molinos del dolor.

A estas alturas, su memoria ya no guarda el curioso dato del “average” estadístico, pero en 1964 —cuando aún se conservaban con cierto rigor los archivos oficiales— pasaban de siete mil las operaciones de cirugía mayor que

había ejecutado con sus manos. Ha metido el bisturí en todos los órganos del cuerpo humano: desde el riñón hasta la próstata, desde el ovario hasta el cerebro. El primer caso de envergadura lo afrontó en 1951: una apendicitis que liquidó en veinte minutos. Ese mismo año realizó en Matanzas la primera intervención de neoplasia pulmonar, que fue un éxito.

El salón de operaciones de un hospital —visto por todo paciente cual una cámara de torturas— para él es un altar, un estrado, sitio de valor sacramental. Nada extraño si se conoce que el momento cumbre de su vida se produce cuando está operando. Ese es su hobby preferido, su afición inveterada y redonda. Fuera de eso —me ha confesado— se siente muy bien haciendo otras tres cosas: estudiando, leyendo y tomando tragos de ron. Hasta cierto punto, las dos primeras se vinculan bastante con la cirugía. La segunda, sin embargo, pudiera verse como una intervención quirúrgica, pero al revés: el veneno permanece afuera y el propio enfermo lo conduce hacia adentro voluntariamente.

Este Julio Font Tió, cirujano eminente, especialista de 2do. grado, profesor titular de Cirugía, doctor en Ciencias, fundador de la docencia médica en Matanzas, miembro de las Sociedades Cubanas de Cirugía, Gastroenterología e Historia de la Medicina; que ha representado a Cuba en congresos internacionales y que cumplió dos misiones internacionalistas en África, se ha visto honrado y reconocido porque su desempeño le ha hecho acreedor de casi una veintena de condecoraciones meritorias, entre ellas la Distinción por la Educación Cubana —que reconoce sus méritos en la docencia médica—, la Placa por el 30 aniversario de la Academia de Ciencias de Cuba, tres medallas ganadas

por su aporte en Angola y otras muchas no menos importantes que perfilan un sitio en nuestra historia científica.

Por supuesto, saben los aquí presentes en esta tarde memorable que este Julio Font Tió es algo mucho más que todo eso. Su significación real no está en la fría enumeración de títulos honrosos o en la relación de condecoraciones merecidas. Ni siquiera en la extensa bibliografía que componen artículos y conferencias sobre temas médicos desarrollados a lo largo de su amplia trayectoria profesional. Hay algo recóndito, intuitivo, guardado en el sentido común que nos lleva a pensar de nuevo en la ciencia antigua, en esa angustia del padecimiento físico —insalvable para el hombre— donde la enfermedad impertinente nunca ha dejado de ser una maldición, un espíritu malévolo que hay que conjurar, como siempre, con el encantamiento de unas manos expertas, bajo el hechizo de un bisturí seguro y tras una fórmula mágica que compone la autoridad y la confianza en un cirujano de altura...

Este Julio Font Tió, Príncipe del Quirófano, Rey y Señor de la Cuchilla, Caballero Andante y Cortante deshaciendo los entuertos del dolor en todo un pueblo con cicatrices que le recuerdan la entrega de sus manos, cumple ahora 70 años de vida y 45 de servicio profesional ininterrumpido; y como Galeno, como Hipócrates, ha entrado en la leyenda y en la historia, esas dos diosas titulares de la divinidad popular...

Este Julio Font Tió recibió la mayor grandeza, el premio simpar, cuando su pueblo, en acto de voluntad espontánea lo despojó de sus apellidos y sus títulos, y en la consulta, en el hospital, en la puerta de su casa y en el parque comenzó a decirle simplemente “Julito”; el más puro homenaje al ilustre profesional que hace magia y poesía

en los cuerpos, que se enfrenta a los tejidos, a las vísceras, al plasma y a los huesos como quien va al encuentro de las metáforas.

No por gusto vino al mundo, este Julio Font Tió, en una tarde aciclonada del mes de julio de 1926 —bajo el signo de Cáncer, según el horóscopo occidental— en una ciudad que tenía tanto de Atenas como de Venecia; urbe secular, hecha corazón que bombea agua por tres arterias; tierra de hombres musculosos y sensibles, bautizada con hechos sangrientos, capital de la cultura cubana, que un día como hoy se crece más cuando le entrega el título mayor: médico de la Ciudad; y felicita, con la violencia espon-tánea de sus tres ríos —que ahora no arrastran agua sino pura sangre— al Príncipe del Quirófano, Señor de las Cu-chillas, Caballero Andante y Cortante deshaciendo los en-tuertos del dolor, con la magia de siempre, como un poeta que drena la sangre de los otros con la metáfora de su vida.

Felicidades, Julito.

Noticia bibliográfica

“Matanzas, ciudad del mundo” se publicó parcialmente en la revista española *Excelencias Turísticas del Caribe*, número 32, correspondiente al año 2001.

“José María Heredia y Matanzas: la memoria delirante” fue escrito especialmente para introducir el poemario *Himnario del destierro*, de Karel Boffil, volumen que vio la luz por Ediciones Matanzas en 2012.

“<Mi bandera>, versos trascendentes”, dedicado al emblemático poema de Bonifacio Byrne, apareció en un libro titulado no sé ni cómo, que publicó en 2015 la Editorial Historia, perteneciente al Instituto de Historia de Cuba.

“Milanés: flores y palabras” fue un texto que leí el 14 de noviembre de 2011, frente a la estatua del poeta, Parque de la Catedral de Matanzas, para inaugurar la Jornada literaria José Jacinto Milanés, la cual incluye —entre otras acciones— la premiación del concurso que lleva su nombre.

“Carilda Oliver Labra: el encanto de la poesía” está conformado por las palabras que pronuncié en el homenaje que el gobierno provincial de Matanzas le ofreció a la poeta con motivo de su cumpleaños número 80, en julio de 2002.

“La autobiografía de Juan Francisco Manzano” fue el texto leído por mí en la casa social de la Uneac matancera al realizarse una presentación de la *Autobiografía* del poeta esclavo; edición preparada por el escritor brasileño Alex Castro y publicada por Ediciones Matanzas en 2014.

“Julio Font Tió, príncipe del quirófano” fue el colofón de un sentido homenaje que, en nombre de la ciudad, organizó el Museo Provincial Palacio de Junco, en julio de 1996, con motivo de los setenta años de vida del ilustre cirujano. Mis palabras cerraron el acto.

Los cuatro últimos textos tuvieron el privilegio del discurso: fueron escuchados; aunque no leídos por un público, porque se mantuvieron inéditos. Tal condición comparten también los restantes, dedicados a dos íconos matanceros: el poeta Luis Marimón Tápanes y el folclórico tren de Hershey.

Confieso que para mí resultó satisfactorio presentarlos en un mismo volumen, porque todos respiran el aire de la ciudad. Al menos fue algo así lo que pretendí alcanzar al escribirlos. Los lectores dirán si se ha conseguido el propósito del autor.

Matanzas, diciembre de 2019